

Introducción

Extraños comienzos

Podemos contemplar la misma extensión de agua todos los días durante un año y, aun así, no ver lo mismo dos veces seguidas. ¿Cómo puede un elemento comportarse con tanta diversidad? ¿Y qué significan realmente esas diferencias que vemos de un día para otro y en lugares diferentes? Este es un libro sobre pistas, señales y patrones físicos que podemos buscar en el agua, ya estemos frente a un charco o contemplando el vasto océano.

Con los años se han escrito muchos libros que afirman hablar sobre el agua, pero incluso a los buenos les gusta engañarnos, pues tratan el agua como un mero recipiente. Consideran el agua como una caja en la que habitan criaturas o como una ventana por la que podemos ver cosas. En este libro no se relegará el agua a esa condición; al contrario, será el tema principal. Los animales y las plantas son muy interesantes y se ganarán su lugar si nos ayudan a explicar el comportamiento del agua que vemos, pero no a la inversa. Y nos centraremos en el agua en su forma líquida, no en el hielo, la nieve o el vapor. Aunque sea inusual en un libro sobre naturaleza, no mostraré ningún tipo de preferencia por lo orgánico frente a lo inorgánico: una boya es igual de válida que un percebe si eso nos ayuda a leer el agua. Eso hace que este libro se aparte de las obras tradicionales de historia natural, pero sigue siendo, sin ningún lugar a dudas, un libro sobre naturaleza.

El impacto del agua desde un punto de vista filosófico, fisiológico e incluso espiritual ha sido explorado exhaustivamente en la literatura. Las grandes mentes han profundizado en las experiencias de observación del agua durante milenios. El ya difunto Roger Deakin señaló que las jirafas eran el único mamífero que no podía nadar, y que tenemos una membrana entre el pulgar y el índice, al contrario que otros simios, lo cual contribuye a los poderosos argumentos que esgrime la popular teoría de que nos vemos atraídos hacia el agua, tanto biológica como filosóficamente. Aparentemente, el agua es beneficiosa para nuestras mentes, cuerpos y almas.

El antropólogo Loren Eiseley dijo una vez:

Si existe la magia en este planeta, esta se encuentra en el agua.¹

Quizá sea cierto, pero lo que me fascina es nuestra habilidad para dar con un significado cuando analizamos las causas físicas que provocan los patrones que vemos en el agua. Ambas perspectivas, la filosófica y la práctica, dependen de dedicar tiempo a la observación, y creo firmemente que hay muchas más posibilidades si tenemos algo que buscar.

Entender las cosas que vemos y sus razones no disminuye la belleza del conjunto, sino todo lo

contrario. Como descubrí hace unos años, cuando aprendes que puedes medir el tamaño de una gota de lluvia mirando los colores del arcoíris —cuanto más rojo, más grandes son las gotas— estos adquieren una nueva belleza, no la pierden. Lo mismo pasa con todas las señales que encontramos en los cuerpos de agua. Las mentes poéticas y las analíticas se encontrarán en el mismo muelle. Podemos apreciar la belleza del brillante camino que dibuja una puesta de sol y también gozar con la lectura de las pistas que hay en su forma.

En un Oslo sorprendentemente caluroso ayudé a limpiar los percebes y algas de la parte inferior de una lancha hinchable. Se estaban llevando a cabo los preparativos para enviar una de las embarcaciones más bellas que he visto jamás desde Noruega hasta Inglaterra.

Un viejo amigo no había podido ocupar su puesto como miembro de la tripulación para el trayecto y yo no podría haber estado más contento de ocupar su lugar en aquel pontón noruego. Delante de mí tenía casi treinta metros de líneas perfectas, un yate moderno diseñado siguiendo el estilo clásico de los icónicos barcos clase J de los años treinta. El sol rebotaba contra el agua y contra el casco de un blanco immaculado que soportaba maderas oscuras y de latón perfectamente bruñido.

Se rumoreaba que este precioso yate era la niña de los ojos de un arquitecto naval estadounidense que había contraído matrimonio con una rica heredera, cosa rara donde las haya: un sueño se cruzó con la cuenta bancaria adecuada. Se rumoreaba que la estufa de leña del lujoso salón tuvo que construirse de tal manera que fuera única, con un panel de cristal frontal encargado para la ocasión y con un coste de miles de dólares, para asegurarse de que esa excepcional estufa quedara perfecta en su nuevo hogar.

Una de nuestras tareas antes de levar anclas consistió en colocar unas cubiertas de plástico hecho expresamente a medida, grueso y transparente, sobre cada centímetro del lustroso interior forrado en caoba. Los marineros tenían permiso para mirar la madera a través del plástico, pero no para tocarla. Incluso el hecho de poner el pie en una embarcación como aquella era un privilegio, así que navegar en ella como tripulación al poco de comenzar mi carrera era casi demasiado bueno para ser cierto.

Soltamos amarras y guardamos las impecables estachas y las defensas blancas, puesto que no volveríamos a necesitarlas hasta la semana siguiente. El yate se deslizó a través del fiordo hacia el mar.

Pasaron un par de días y nos instalamos en la rutina de mar abierto. No tardamos demasiado en serpentear entre plataformas petrolíferas de acero, los apocalípticos dragones industriales del mar del Norte. El viento se detuvo y una neblina veraniega nos envolvió y comenzó a convertirse en una niebla en toda regla. Ocultó las plataformas de petróleo y gas, que solo se dejaban intuir mediante brillantes puntos de luz en la pantalla del radar y las ocasionales y enfurecidas llamas naranjas que rugían hacia el cielo por una neblina tan fiel a esa zona que tiene nombre propio: *haar*. Pasamos el rato preguntándonos unos a otros sobre arcanos conocimientos náuticos.

—Una bola, un bicono, una bola —me gritó desde el otro lado de cubierta Sam, el patrón escandinavo de pelo rubio vikingo, mientras me dirigía a mi turno en el timón.

—Un navío con maniobra restringida —contesté.

Sam sonrió y asintió. Hubo un breve silencio, que rompí con lo siguiente: «Una luz roja sobre una luz blanca y sobre dos luces amarillas, que destellan con intermitencia».

Sam se detuvo durante un segundo, mientras ajustaba un nudo, y miró hacia arriba.

—Un pesquero... entorpecido por las redes de pesca al cerco con jareta.

Esbozó una sonrisa. Creo que solo quería hacerme creer por un momento que lo había pillado. Pero era imposible que pasara, ni en ese momento, ni durante el viaje, ni nunca, probablemente. Era demasiado bueno. Sam me ponía a prueba solo para satisfacer mi orgullo de novato por los conocimientos que aún tenía frescos. Él sabía que hacía poco que había aprobado el examen de patrón de embarcaciones de recreo. Quizá tenía buenos recuerdos de ese momento en su propia carrera.

Sam me entretenía con algo más espantoso que las historias sobre la vida en el mar. Nada de lo que había visto en el mar era más terrorífico que enfrentarse al tribunal de la prueba oral de patrón en la Warsash Maritime Academy. Era obvio el placer que sentía Sam al narrar el ridículo nivel de detalle requerido en ese rito de acceso profesional. «Puede ser que te permitan un error, pero no dos, seguramente. Y si se huelen cualquier debilidad en tus conocimientos, son despiadados... ¡como depredadores!»

El rito de paso náutico me parecía bello en sí mismo.

Las calificaciones mitigan la baja autoestima que cualquier veinteañero confesaría sentir. Si alguien te da un pedazo de papel y te dice que has aprobado un examen, ellos saben más que tú, así que seguramente tú sabes algo. Y si sabes algo, quizá es que vales para algo.

Aunque debería haber disfrutado al máximo de aquel primer viaje profesional, aún albergaba una extraña duda. Incluso con aquel trozo de papel, junto con una fotografía identificativa, guardado en una bonita cartera de la Royal Yachting Association. Todavía me reconcomía una duda, que me asfixiaba como una cuerda de cáñamo escapándose de las manos. Esa ansiedad tomó la forma del capitán Abharah.²

Allá donde miraba, veía al capitán Abharah. No importaba por encima de qué barandilla cubierta de salitre echara un vistazo o a qué porción líquida de aquel gris mar del Norte dirigiera la mirada, allí estaba él. Incluso se retiraba conmigo cuando acababa mi guardia, y venía conmigo a mi litera. Era un compañero persistente que me desconcertaba, y el pequeño detalle de que hubiera muerto mil años antes de que yo naciera no contribuía a menguar mi turbación.

El capitán Abharah empezó a trabajar como pastor en la provincia persa de Kermán. Un empleo en un barco pesquero lo llevó al mar y a trabajar como marinero en uno de los navíos que hacían la ruta comercial hasta la India, antes de lanzarse a navegar las traicioneras rutas marítimas de China. Por aquel entonces, se creía que nadie había sido capaz de viajar hasta allí y volver sin sufrir graves accidentes. Abharah lo hizo siete veces, y eso fue hacia finales del primer milenio.

¿Y cómo sabemos tanto de un hombre con unos orígenes tan humildes, de una parte tan remota del mundo y después de tantos años? Porque hizo algo que demostró unos conocimientos y un desparpajo extraordinarios. Lo bastante como para que su historia llegara hasta nuestros días.

Una vez, un marinero que también navegaba la temida ruta hacia China, el capitán Shahriyari, estaba en una preocupante calma en medio de la temporada de tifones cuando otearon un objeto oscuro en la lejanía. Bajaron un bote y enviaron cuatro marineros a investigar la misteriosa mancha. Cuando alcanzaron el objeto oscuro, descubrieron un rostro familiar: el respetado capitán Abharah estaba tranquilamente sentado en una canoa, con tan solo un odre lleno de agua.

Cuando volvieron e informaron de esa surrealista estampa a Shahriyari, este les preguntó por qué no habían rescatado al otro respetado capitán, que además estaba en apuros, y lo habían traído

al barco. La tripulación contestó que lo habían intentado, pero que el capitán Abharah se había negado a cambiar su pequeña canoa por el majestuoso navío y había asegurado que se las apañaría bien por su cuenta y que solo vendría si le pagaban la sustancial suma de mil dinares.

El capitán Shahriyari y su tripulación le dieron vueltas a esa extraña petición, pero, teniendo en cuenta lo que se decía sobre la sabiduría de Abharah y su miedo a las extrañas condiciones meteorológicas que predominaban —y su preocupación por lo que les esperaba dada aquella calma—, aceptaron subir a Abharah a bordo. Ya en su nuevo barco, el capitán no tardó ni un segundo en reclamar sus mil dinares, y se los pagaron debidamente. Entonces les dijo al capitán Shahriyari y a su tripulación que se sentaran y que escucharan y obedecieran sus órdenes. Y eso hicieron.

—*¡Al-daqa! al-akbar!*— declamó el capitán Abharah.

Abharah le explicó al capitán y a su tripulación que corrían un grave peligro: debían lanzar por la borda el cargamento pesado, y serrar el mástil principal y arrojarlo también. Además les pidió que cortaran la cuerda del ancla principal y dejaran el barco a la deriva. La tripulación obedeció las órdenes de Abharah y se pusieron manos a la obra, aunque no tuvo que ser nada fácil: las tres cosas que un mercante valora por encima de todo lo demás eran el cargamento, el mástil y el ancla principal. Eran los símbolos tangibles de riqueza, transporte y seguridad, la razón de que hubieran arriesgado sus vidas y medios por protegerlos. Pero hicieron lo que les habían dicho y luego esperaron.

El tercer día se levantó una nube que parecía un faro, para luego disolverse y desplomarse de nuevo en el mar. Y entonces el tifón —*al-khabb*— los golpeó. Su furia duró tres días y tres noches. La nueva ligereza del barco permitió que se balanceara y deslizara entre olas y arrecifes como un tapón de corcho, y eso los salvó, en vez de inundarlos, destrozarlos y ahogarlos. El cuarto día el viento se apaciguó y la tripulación fue capaz de continuar su camino sana y salva hasta su destino en China.

En el camino de regreso, ahora con un nuevo cargamento en el barco, el capitán Abharah ordenó detener el navío. Bajaron el bote de remos y enviaron a unos cuantos marineros a buscar y recuperar la gran ancla que habían soltado antes de la tormenta y abandonado en el arrecife.

La tripulación estaba estupefacta y preguntó al capitán Abharah cómo había sabido dónde buscar el ancla y cómo había previsto el tifón con tanta precisión. Les explicó que era algo extremadamente sencillo si conocías la luna, las mareas, los vientos y las señales en el agua.

Y así fue como la profunda intuición y entendimiento del capitán Abharah me atormentaron en aquel viaje desde Noruega. La sabiduría que permitía a Abharah leer las señales no se encontraba en ninguno de los exámenes que había aprobado; pero existía, sin lugar a dudas. Los antiguos marineros árabes disponían de una palabra para esa área de conocimientos que te permite leer las señales físicas en el agua: los pocos que gozan de esta habilidad poseen el *isharat*.³

Obviamente, pensé, esa sabiduría procede de fuentes diferentes a las de los exámenes oficiales: se halla, con el tiempo, en el mar. Y, por tanto, allí es adonde fui a adquirir dicha sabiduría pasando días, noches, semanas y meses.

Pero me equivocaba. Pasar tiempo en el mar en un yate moderno te enseña cómo gestionar un barco y una tripulación, cómo leer las líneas de una previsión del tiempo sinóptica, cómo hornear pan en una cocina que se tambalea y cómo disfrutar de pescado crudo con la ayuda de un poco de zumo de lima. Todo eso es utilísimo, pero, en esta era de asombrosos avances electrónicos, se aleja completamente de la visión de Abharah. Ya ninguna enseñanza nos ofrece

esa sabiduría profunda: nada nos enseña a leer el agua. Lo he debatido a menudo con capitanes modernos con años de experiencia y todos opinan lo mismo, casi siempre con tristeza en sus ojos clavados en el horizonte.

Encantado por el tiempo que había pasado en el mar e igualmente frustrado por la falta de conocimientos que me aportaba para descifrar los patrones del agua a mi alrededor, cambié de rumbo. Hace muchos años me embarqué en un viaje similar, esta vez en busca de dicha sabiduría. Y en cuanto comencé aquel viaje pasó una cosa muy extraña: descubrí casi de inmediato que las pistas que desvelaban un conocimiento profundo sobre el agua que nos rodea no aumentaban a medida que nos alejábamos de la costa. Lo que vemos en las gotas de agua, los charcos y los riachuelos es igual de profundo y útil para entender lo que sucede que lo que puede detectarse desde un barco en medio del Atlántico.

En segundo lugar, y esto es consecuencia de lo primero, en realidad es más fácil aprender cosas sobre el agua con los pies en tierra firme que en un barco, aunque luego sea allí donde pretendas utilizar esos conocimientos. Por lo tanto, en este libro, y siempre que sea posible, ilustraré cómo estas lecciones no solo pueden aprenderse en tierra firme, sino también cómo experimentarlas y disfrutarlas allí. Puede que esto parezca algo completamente ideal e incluso descabellado, pero resulta que es un enfoque probado y demostrado, que utilizan algunos de los más grandes lectores del agua que ha dado la humanidad.

Los navegantes de las islas del Pacífico han asombrado a los occidentales durante siglos.⁴ El capitán Cook se encontró con estos increíbles marineros en Tahití, en 1774, cuando vio zarpar 330 navíos y 7760 hombres, ante lo cual Cook y sus compañeros quedaron «completamente absortos de admiración».

Sin cartas náuticas, brújula ni sextante, los habitantes de las islas del Pacífico se orientaban a lo largo de enormes extensiones de océano, confiando tan solo en su interpretación de las señales naturales. En particular, la lectura del agua de los nativos del Pacífico nunca la ha superado nadie, en ningún lugar de la Tierra. Conoceremos sus métodos en los próximos capítulos, pero los menciono aquí para comentar cómo transmiten esa habilidad única de generación en generación.

De igual manera que en árabe existe una palabra para el área de conocimiento sobre las señales del agua, también existe una expresión en el Pacífico: *kapesani lemetau*, el ‘habla del mar’, la ‘sabiduría del mar’.⁵ Los jóvenes estudiantes de las islas del Pacífico de este tipo de sabiduría salían a navegar con sus tutores, pero las partes más importantes de ese arte se transmitían en tierra firme. Muchas lecciones sobre las estrellas, el viento y las olas se impartían tierra adentro. Teeta Tatua, un *tia borau* o ‘navegante’, de las islas Gilbert y Kiribati del Pacífico, aprendió sus habilidades de su abuelo en la *maneaba*, una especie de casa comunal.⁶ Muchos otros las aprendieron usando una «isla de piedra» o «canoa de piedra». Esto es solo una simple ayuda para la enseñanza usada para demostrarle al estudiante cómo se comportaría el agua a su alrededor y cómo interpretarla estando cómodamente sentados en la playa.

Los habitantes de las islas del Pacífico deberían inspirarnos a apreciar lo que es posible y lo mucho que podemos aprender estando en tierra firme. Pero no debemos sentirnos intimidados por sus habilidades. En las ya clásicas palabras del legendario aborígen australiano y conservacionista Harold Lindsey: «No penséis que los nativos poseen poderes negados al hombre civilizado».⁷

No solo somos capaces de emular los métodos tradicionales, sino que podemos combinar esos conocimientos con la ciencia, conocimientos, experiencia y sabiduría más recientes. Ian Proctor, un

estratega naval enormemente respetado que ha ayudado a equipos a ganar los premios más importantes del mundo, declaró que muchas carreras de vela se ganaban mucho antes de que nadie pusiera un pie en el barco.⁸ ¿Cómo? Leyendo las señales en el agua.

En las páginas siguientes he condensando los ejemplos del comportamiento del agua que creo que vale la pena observar. He seleccionado mis favoritos de entre una larga lista confeccionada durante años. Estas son las joyas que creo que sintetizan todo lo que es interesante y útil. Sin embargo, para ofrecer la mejor oportunidad de disfrutar este arte, hay dos obstáculos que debemos superar.

El primero es la manera en que los historiadores naturales han dividido el agua en sus reinos: se supone que estanques, ríos, lagos y mares son muy diferentes los unos de los otros. Si te centras exclusivamente en los animales y las plantas, es una aproximación bastante sensata: hay muy pocas criaturas o plantas que puedan encontrarse tanto en un lago de agua dulce como en el mar, aunque solo los separen unos pocos cientos de metros. A pesar de eso, el agua no respeta demasiado esos límites, y podemos aprender muchísimo sobre lo que sucede en el océano más grande del mundo mirando el estanque de un pueblecito. Así que, sea cual sea tu masa de agua preferida, las cosas que verás no estarán, y no pueden estar, restringidas a ningún capítulo en particular.

En segundo lugar, el estudio de las señales del agua no encaja a la perfección en un enfoque impaciente, con casillas de verificación. El agua no se mueve a tu antojo. Si encuentras una señal que te guste en este libro y vas a buscarla, quizá la encuentres al primer intento, pero lo más probable es que aparezca en el momento que sea, siempre que conserves la curiosidad suficiente como para continuar buscándola. Esto significa que el mejor enfoque es concebir este arte en su conjunto, y este libro está estructurado de tal manera que te permita embarcarte en una búsqueda para conocer todas las señales mientras seas consciente de que cada una es una pieza de un puzle mayor. Te preparará no solo para identificar señales individuales, sino también para conocer el agua en todos sus modos y bajo cualquier apariencia.

Habrán desafíos, frustraciones y, posiblemente, incluso un poco de confusión cuando descubras por primera vez algunos de los patrones más complejos. Te animo a pensar en las señales y pistas que nos encontraremos como «personajes»: algunos son directos, pero los más complejos a menudo son, con el tiempo, los más interesantes.

Por último, quizá te preguntes, con razón, por qué querrías hacer el esfuerzo de lanzarte a esta extraña búsqueda. Dejaré que Chad Kālepa Baybayan, un *Pwo* moderno —un maestro navegante— del Pacífico, responda a esa pregunta. Cuando entrevistaron a Chad en 2014 y le preguntaron si tenía algún sentido estudiar esos métodos en el mundo moderno, respondió:

Ciertamente es un conjunto de habilidades bastante especial que cualquiera querría dominar. Lo que permiten realmente es aguzar la mente, el intelecto y la habilidad humanos para descifrar códigos en el entorno [...] Para mí, no hay nada que me produzca más euforia.⁹

Los habitantes del Pacífico dan una gran importancia al proceso de aprendizaje de estas habilidades. La entrada en ese mundo selecto de extraños conocimientos y la iniciación que lo acompaña están llenos de ceremonias tradicionales. Los detalles de este entrenamiento y la iniciación difieren de una isla a otra, pero hay algunos puntos en común. Llevan un taparrabos especial, al iniciado lo espolvorean con cúrcuma e intercambian regalos con amigos y familiares. Durante el proceso, que puede durar hasta seis meses, se espera que permanezca célibe y beba pociones especiales de coco, y que se abstenga de beber agua. Con lo que me gustan los ritos de

iniciación que aportan sabiduría, probablemente el lector se puede imaginar lo mucho que me fascina este.

Podrás elegir de qué manera quieres celebrar el aprendizaje sobre cómo leer el agua. Sin embargo, si vuelves a ver el agua de la misma manera después de leer este libro, entonces habré fracasado en mi misión y no habrá pociones de coco para mí.

Espero que disfrutes de la aventura.

Tristan